

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 16.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

Esta es la última noche dedicada a nuestro estudio bíblico, y por lo tanto, parece apropiado que hagamos un pequeño repaso de las verdades que hemos estado considerando. Encontraremos este repaso delineado en Apocalipsis 14:6-12.

«Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Y otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:6-12).

Estamos acostumbrados, y con razón, a hablar de estos tres mensajes como un solo mensaje triple. La palabra traducida como "siguió" significa propiamente "fue con". Así traducido, el texto diría: "y el tercer ángel fue con ellos". Es la misma palabra que se usa en 1 Cor. 10:4: «y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía (margen), y la roca era Cristo» (1 Cor. 10:4). Así, el primer ángel sonó, el segundo se le unió, y el tercero se unió a ambos; y juntos los tres van haciendo sonar el mensaje. Por lo

tanto, hay un solo mensaje que debemos considerar, y ese mensaje comprende los tres.

El mensaje prepara a un pueblo que se describe en el versículo doce: *Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús*. Hay tres puntos que estas personas poseen: paciencia; guardar los mandamientos; y la fe de Jesús. Si bien todos están combinados en uno, creo que podemos considerarlos en orden inverso al que se enuncian: fe; obediencia; y paciencia. Porque la fe es el fundamento sobre el cual todo se edifica, y de donde todo surge. La fe que produce obediencia y la gracia coronadora es la paciencia; pues el apóstol Santiago dice: «Tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:4). Cuando la paciencia se perfecciona en los santos, entonces ellos mismos son perfectos. Así es como este mensaje triple saca a la luz un pueblo perfecto delante de Dios. Son exactamente lo que el Salvador dice que deben ser: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48).

Quizás algunos en la audiencia no se han dado cuenta del hecho de que las lecciones que hemos estado estudiando durante las últimas doce noches sobre el libro de Romanos, no han sido otra cosa que el mensaje del tercer ángel. Deseo mostrarles esta noche que el mensaje del tercer ángel se resume todo en la predicación del apóstol Pablo, como se describe en 1 Cor. 2:2. «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor. 2:2). Eso fue todo lo que Pablo predicó, y lo que predicó fue poderoso. Él dice: «Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. . . . y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (1 Cor. 2:1, 4).

Ahora bien, las cosas que Pablo predicó, las describe en 1 Cor. 1:17, 18: «Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Cor. 1:17, 18). Cristo lo envió a predicar el evangelio, y él lo

hizo, no usando la sabiduría de palabras humanas, para que su predicación no fuera anulada. Él dice: *Para que no se haga vana la cruz de Cristo*. Entonces, cuando Pablo predicó entre los Corintios, no predicó otra cosa que a Cristo y a este crucificado, y ese era el evangelio. Ese evangelio —la cruz de Cristo— es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

Ahora surge la pregunta: ¿Fue esta predicación de Pablo algo similar al mensaje del tercer ángel, o al mensaje triple que se nos ha encomendado? ¿Su predicación difirió de la predicación que nosotros hacemos? Si difiere, ¿estamos predicando lo que debemos predicar? En otras palabras, ¿debería nuestra predicación abarcar algo más que lo que tenía el apóstol Pablo? Si es así, entonces, sea lo que sea, es mejor que nos deshagamos de ello tan pronto como podamos. Ahora veamos por qué:

«Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema». Esto es una declaración fuerte, pero la repite y enfatiza. «Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema» (Gálatas 1:8, 9).

Estas palabras no son en vano, porque ha habido hombres que han predicado otros evangelios, u otras cosas en lugar del evangelio; y más aún, ha habido ángeles que han predicado otros evangelios, y otras cosas en lugar del evangelio. Todavía veremos a esos ángeles caídos venir a nosotros y predicar lo que ellos llaman el evangelio, que tendrá poder, y que estará acompañado de una luz deslumbrante. Pero las cosas que nos digan, debemos declararlas falsas, y a quien nos las predique, anatema; porque diferirá en algún particular de lo que predicó el apóstol Pablo.

Dejando este punto, volvemos a Apocalipsis 14:6, donde leemos: «Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, . . . diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado» (Apocalipsis 14:6). Esta es una obra que prepara a los hombres para el juicio final, y consecuentemente una obra que

conlleva todo para la perfección del hombre, como vimos en el versículo doce. Pero ese mensaje no es ni más ni menos que el evangelio eterno. El segundo ángel fue con el primero, y el primero los acompañó a ambos, y los tres juntos hicieron sonar un mismo clamor.

Surge la pregunta: Si el tercer ángel vino y añadió su voz al clamor del primer y segundo ángel, ¿no tenemos algo más que decir al mundo que los que trabajaron bajo el primer mensaje? Bueno, ciertamente no podemos predicar nada más que el evangelio eterno. El segundo ángel anuncia un hecho, que Babilonia ha caído, debido a su apostasía del evangelio. Nótese, el segundo ángel no tiene una verdad nueva que decir; meramente un hecho, que algo ha ocurrido. El tercer ángel simplemente anuncia el castigo que caerá sobre los hombres que actúen diferente a la verdad anunciada por el primer ángel. Pero el primer ángel sigue sonando, y los tres van juntos; y puesto que los tres siguen sonando juntos, y el primero está anunciando el evangelio eterno —aquello que ha de preparar a los hombres para permanecer sin culpa ante Dios—, y el tercer ángel está anunciando el castigo que les sobrevendrá si no reciben el evangelio eterno, de ello se sigue necesariamente que el mensaje triple completo es el evangelio eterno.

Nótese bien, el primer ángel proclama el evangelio eterno; el segundo proclama la caída de todo aquel que no obedece ese evangelio; y el tercero proclama el castigo que seguirá a esa caída y que vendrá sobre aquellos que no obedecen. Así que el tercero está todo en el primero —el evangelio eterno. Sí, ese evangelio eterno lleva consigo toda verdad. Es el poder de Dios. Ese evangelio eterno, recuérdelo, se resume en una sola cosa: Jesucristo y este crucificado, y por supuesto, resucitado. No tenemos nada más en este mundo que proclamar a la gente, ya seamos predicadores, obreros bíblicos, colportores, o vendedores ambulantes, o simplemente personas que, en la humilde esfera de su propio hogar, dejan que la luz brille. Todo lo que cualquiera de nosotros puede llevar al mundo es a Jesucristo y a este crucificado.

Alguien dice: Eso es tomar una visión extrema; ¿vamos a desechar todas las doctrinas que hemos predicado —el estado de los muertos, el Sábado, la ley y el

castigo de los impíos? ¿Desecharlas? —No; de ninguna manera. Predíquenlas a tiempo y fuera de tiempo; pero, sin embargo, no prediquen nada más que a Cristo Jesús y a este crucificado. Porque si predicán esas cosas sin predicar a Cristo y a este crucificado, pierden su poder, pues Pablo dice que Cristo lo envió a predicar el evangelio, no con palabras de sabiduría humana, para que la predicación de la cruz de Cristo no se hiciera vana. La predicación de la cruz, y solo ella, es el poder de Dios. Digo de nuevo, el evangelio es el poder de Dios, y la cruz es el centro del evangelio. «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14). Para Pablo no había otra cosa digna de gloriarse, salvo la cruz de Jesucristo su Señor.

Ahora tomaremos algunas de las diferentes líneas de doctrina que predicamos, y veremos cómo podemos predicarlas, y al mismo tiempo predicar solo a Cristo y a este crucificado.

Y primero, en cuanto a la doctrina de la Biblia. La Biblia es toda doctrina. «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Juan 7:17). La palabra doctrina significa "enseñanza". A veces nos asustamos de la doctrina. Hablamos de sermones doctrinales y prácticos. Pero doctrina significa enseñanza, y si alguien hace la voluntad de Dios, conocerá la enseñanza. Pero la enseñanza debe ser práctica, o es inútil; entonces, hermanos, la enseñanza de la Biblia es toda práctica.

Ahora bien, si no conocemos la doctrina de la Biblia, no sabemos cómo practicar lo que enseña. Si algo no es práctico, es impráctico. Pero no diremos que la enseñanza de la Biblia es impráctica, algo que no se puede practicar. Así que quizás podamos desechar esa distinción entre sermones doctrinales y prácticos. Un siervo de Dios nunca debería predicar otra cosa que sermones prácticos; pero como toda la enseñanza o doctrina de la Biblia es práctica, es evidente que al predicar sermones realmente prácticos, no debemos predicar otra cosa que doctrina, y esa doctrina debe ser la doctrina de Cristo.

Ahora, en cuanto a las líneas específicas de doctrina en Cristo. Primero consideraremos la ley. Solo tengo que llamar su atención al hecho de que Cristo

está en la ley, y la ley está en Cristo, y que no se puede separar el uno del otro, para probar que los dos van juntos, y que predicar la ley sin Cristo en ella, no tendrá poder ni efecto en los corazones de los hombres. Nuestro estudio del libro de Romanos ha puesto esto claramente ante sus mentes. No anulamos la ley por la fe, sino que solo por la fe en Cristo establecemos la ley en nuestros corazones.

La ley condena al pecador, y por lo tanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de Él. Pero es por la obediencia de uno que muchos serán hechos justos, y esa obediencia puede hacerse nuestra por la fe en la palabra de Dios, y haciendo a Cristo nuestro. Hacer a Cristo nuestro es traerlo a nuestras vidas, y tenerlo en nuestras vidas es tener vida eterna. Cristo es la verdad, y la ley está en Él en su perfección, y si mantenemos a Cristo en nuestros corazones día a día, tenemos la ley en nuestros corazones en su perfección, mientras no vacilemos.

Si tenemos a Cristo, Él es nuestra salvación; pero debemos tenerlo en cada momento de nuestras vidas. Un solo acto de fe no bastará para siempre; *el justo por la fe vivirá*. Pero solo podemos vivir un momento a la vez; y puesto que la fe es nuestra salvación, es evidente que somos salvos momento a momento. No hay poder en la ley aparte de Cristo, y la predicación de la ley sin Cristo en ella, es simplemente predicar condenación a los hombres, y no esperanza. Pero Cristo ha enviado a los hombres como sus embajadores, para proclamar libertad a los cautivos, para decirles que son prisioneros de esperanza. Entonces, ¿estamos predicando la predicación de Cristo, estamos cumpliendo su comisión, si predicamos la ley, que solo condena, sin Cristo? No. Debemos predicar "esperanza". Mientras la ley se cierne sobre el pecador con todos los terrores del Sinaí, su mente debe ser dirigida, no simplemente a la ley, sino al dador de la ley, quien tiene *GRACIA* así como verdad en sí mismo. Verdad y gracia están en su mano, y cuando esa verdad condena a los hombres, la gracia que es extendida por la misma mano convierte del pecado.

Cuando los hombres tienen a Cristo, tienen su justicia, que es la justicia que la ley demanda. Pero la justicia de Cristo lleva consigo todo lo demás, porque Él ha dicho: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas

cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). Esa es la única cosa necesaria, y si la tenemos, tenemos todo el evangelio, porque es Cristo y su justicia, y Él es nuestra justicia, nuestra salvación y nuestra vida, tanto aquí como en el más allá.

El Sábado

La verdad particular que debe ser sostenida en estos últimos días es el Sábado. No podemos creerlo ni predicarlo con demasiada fuerza. Es ahí donde se ha hecho la gran brecha en la ley de Dios. ¿Se han detenido alguna vez a considerar por qué Satanás ha concentrado todas sus fuerzas en ese cuarto mandamiento? La raíz de todo el asunto se encuentra en Hebreos 1:10. Al hablar al Hijo, Dios el Padre dice: «Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos» (Hebreos 1:10).

Entonces, cuando leemos: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*, sabemos que simplemente manifiestan el poder que hay en Cristo. Juan dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:1-3). Todo lo que es hecho, es hecho por Cristo.

En Salmo 111:2-4, leo: «Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que en ellas se complacen. Gloriosa y majestuosa es su obra, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas; clemente y misericordioso es Jehová» (Salmo 111:2-4). Literalmente, y según la traducción judía del hebreo, la primera parte del versículo 4, sería: *Ha hecho un memorial de sus maravillas*. ¿Cuál es su obra? Los cielos son sus obras, y Él puso los cimientos de la tierra. Deseo que noten que esas tres palabras —justicia, clemente y misericordia— son agrupadas por el salmista con estos pensamientos sobre la creación del mundo. Veremos por qué, pronto.

¿Cuál es el memorial de Dios? «Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo

santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación» (Génesis 2:1-3). Entonces, ¿cuál es el memorial? —El séptimo día, que es el Sábado. Es el día culminante de la semana, un memorial de la creación completa —una creación en la que el poder de la palabra de Dios se manifestó, *porque él habló, y fue hecho; él mandó, y existió*. Si tan solo mantienen la palabra de Dios y el poder de la palabra de Dios ante sus mentes, parece que no pueden dejar de ver por qué David agrupa la gracia, la misericordia y la justicia, todo junto con las obras de las manos de Dios.

Es la palabra de Dios la que creó los cielos y la tierra. El Sábado es el memorial que se nos da para que podamos conmemorar y meditar sobre el poder de la palabra de Dios. En Ezequiel 20:20 Dios dice que el Sábado ha de ser una «señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios» (Ezequiel 20:20). Ahora bien, nótese, ha de ser una señal para que sepamos que el Dios del cielo es nuestro Dios.

Ahora pasemos a Jeremías 10:10-12, y allí leemos: «Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; . . . Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de estos cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia» (Jeremías 10:10-12). Pasen al Salmo 96:5 y allí leemos: «Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos; pero Jehová hizo los cielos» (Salmo 96:5).

Ahora bien, cualquier cosa que lleve la mente del hombre al conocimiento del hecho, o que recuerde el hecho, de que el Dios a quien servimos es el Creador, también nos probará que todos los demás dioses son dioses falsos. Porque el poder de crear es el atributo distintivo, es la prerrogativa exclusiva, del Dios del cielo. Él puede crear, y todo lo demás que pretende ser digno de adoración se muestra como un falso pretendiente porque no puede crear.

Pero, ¿por qué quiere Dios que le recordemos como Dios? ¿Qué cosa particular quiere Dios que tengamos en mente cuando pensamos en Él como Dios? La clave de estas preguntas se encuentra en Hebreos 11:6: «Pero sin fe es

imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6). Debemos creer que Dios existe; y de esa idea de existencia no puede separarse la idea de recompensa y ayuda del Dios que creemos que existe. Si no consideramos a Dios como un galardonador, como una ayuda presente en la aflicción, no le conocemos como Dios. Si no sabemos que Él es exactamente lo que dice ser, entonces no le conocemos.

Puesto que el Sábado es un memorial de la obra maravillosa de creación de Dios, y es dado para que sepamos que Él es Dios; por lo tanto, el Sábado es dado para que conozcamos a Dios como galardonador, porque Él no es otra cosa sino galardonador de los que le buscan diligentemente. Esto se prueba de manera concluyente en Ezequiel 20:12. «Y mis días de reposo les di por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico» (Ezequiel 20:12). Entonces, el propósito de dar el Sábado al hombre era que supiera que ese Dios que lo dio, era un Dios que lo santifica. Esa idea de santificación es la que queremos destacar en esta conexión.

Podría objetarse que el Sábado fue dado antes de la caída del hombre, de modo que en el momento en que fue dado, él estaba santificado y, por lo tanto, no necesitaba a Cristo para salvarlo del pecado. Adán fue puesto en el huerto del Edén por el Señor. Vivió en pureza inmaculada, pero pudo mantener esa pureza solo por fe en Dios. Fue el poder de Dios lo que lo mantuvo. Adán no vivía en sí mismo. Sí, al final lo hizo —y cayó. Pero mientras se mantuvo sin caer, fue por el poder de Dios y la Palabra de Dios. Entonces, necesitaba el poder de Dios para evitar que cayera, como lo necesitó después, una vez caído, para salvarlo de los pecados que había cometido y para evitar que cometiera otros.

Cometemos el mismo error con respecto al tiempo después de que la gracia ha terminado. Pensamos que, como no habrá mediador entonces, nos mantendremos por nuestra propia fuerza. Llegará un momento en que no habrá mediador; pero aquellos que se mantengan en ese tiempo no lo harán por su propia fuerza, sino por el poder de Cristo que nos mantendrá en ese momento; porque estaremos sin pecado, no necesitaremos un mediador, pero

necesitaremos un Salvador en cada momento. Cristo es quien «el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 1:8).

Si Adán nunca hubiera caído, el Sábado habría existido como el memorial del poder de Dios para guardarlo de caer de la posición y el lugar en que Dios lo había puesto. Eso es exactamente para lo que sirve el Sábado ahora. Es para probarnos que Dios es nuestra santificación, y que Él pone su justicia en nosotros y sobre nosotros por la misma palabra por la cual hizo los cielos y la tierra. Entonces, el Sábado tiene el propósito de que meditemos sobre el poder de Dios, y recordemos que ese mismo poder, que hizo la tierra, es el poder que nos guarda del pecado para salvación, lista para ser revelada en el tiempo final.

En Colosenses 1:11-19 leemos: «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él con anterioridad a todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Colosenses 1:11-19).

El apóstol presenta a Cristo como aquel por medio de quien tenemos redención, ¿por qué? Porque por Él fueron creadas todas las cosas. Este pensamiento resolverá la objeción que tan a menudo se plantea en relación con el Sábado, de que la redención es mayor que la creación, porque la redención es creación, y no es ni puede ser otra cosa. Es el mismo poder, y la misma cosa. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por la palabra del Señor la justicia es declarada en nosotros. El hecho de que este universo llegara a existir fue un

acto de creación, y el hecho de infundir justicia en el corazón de un hombre que tiene un corazón impío es también un acto de creación. Cristo es presentado ante nosotros como el Creador para que conozcamos su poder para redimir. Y la manera en que Cristo es presentado ante nosotros es por la palabra de su poder.

El día de Sábado es el día que nos recuerda las maravillosas obras de Dios. En ese día debemos meditar más especialmente que en cualquier otro día sobre las obras de las manos de Dios. Así como en ese día meditamos sobre la obra de su mano y el maravilloso poder que se exhibe en el universo, así también meditamos sobre su poder para salvarnos del pecado, porque es el mismo poder en todo. Por eso los niños, desde sus primeros años, deben ser enseñados a ver la creación como el poder de Dios. Si esto se hace, se arraigarán en sus mentes principios que ninguna sofistería infiel podrá cambiar.

En el undécimo capítulo de Hebreos, Pablo trae a la vista el poder de la fe para obrar justicia; pero notarán que el pensamiento inicial expresado es: *Por la fe entendemos haber sido constituidos los mundos por la palabra de Dios.* Entonces, al dirigir las mentes de los jóvenes al poder de Dios al crear el universo, lo entenderán por la fe, y sus mentes captarán la idea de que el mismo que hizo todo lo que ven, es un galardonador de los que le buscan diligentemente.

¡Qué claro es por qué Satanás ha concentrado todas sus fuerzas contra el cuarto mandamiento! Porque es el que, por encima de todos los demás, pone de manifiesto el poder de nuestro Señor Jesucristo. Satanás es anticristo, y no hace nada en este mundo que no esté dirigido contra Cristo. Por eso ha encubierto ese cuarto mandamiento, para apartar las mentes de los hombres de Dios en Cristo como Creador; porque en la medida en que los hombres pierdan de vista el poder creador que está investido en Cristo, así también perderán de vista su poder para redimir. Así que prediquen el Sábado cada vez más, pero al hacerlo, asegúrense de predicar a Cristo y a este crucificado como el Salvador del pecado.

«Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras,

entonces te deleitarás en Jehová» (Isaías 58:13, 14). Entonces, guardar el Sábado perfectamente, como Dios quiere que se guarde, es deleitarnos en el Señor; pero esto no podemos hacerlo si no conocemos a Cristo, y no hacemos de Él nuestra alegría.

La Herencia de los Santos

Ahora consideraremos la herencia de los santos, y veremos si en ella no podemos también predicar a Cristo y a este crucificado. Hubo una herencia prometida a Abraham y a su descendencia. Se le prometió a él y a su descendencia que serían herederos del mundo. Esa descendencia es Cristo y todos los que están en Cristo. Las arras, la garantía, de esa herencia es el Espíritu de Dios. «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14).

El Espíritu de Dios es el pago anticipado de nuestra herencia, y entonces Pablo ora para que *los ojos de vuestro entendimiento sean iluminados; para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos.*

Todo el evangelio hace referencia a la herencia de los santos. Esa herencia se obtiene, no por la ley, sino por la fe en Jesucristo. Si somos de Cristo, entonces somos herederos según la promesa. ¿Qué hay en la predicación de la herencia de los santos, si no la llevamos con Cristo, como aquel por quien se obtiene esa herencia? Él es Aquel *en quien asimismo obtuvimos herencia*. La promesa a Abraham fue que en él serían benditas todas las naciones de la tierra. Al hacer esa promesa a Abraham, Pablo dice que Dios le predicó el evangelio. Véase Gálatas 3:8.

¿Podemos predicar a Cristo en la resurrección? La resurrección va unida a la promesa de la herencia. Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, este no dudó, sino que estuvo plenamente convencido de que lo que Dios había prometido, era capaz de cumplirlo. Tuvo fe en Dios para resucitar a los muertos y esa fe se manifestó en perfección cuando ofreció a Isaac en el altar. Así, su creencia en la promesa se basó en su creencia en Cristo como la resurrección y la vida. En Cristo está la ley y el Sábado; en Él está la herencia. Cristo crucificado y resucitado es el medio por el cual podemos obtener ese glorioso hogar.

La Inmortalidad del Alma

¿Puede predicarse a Cristo cuando hablamos sobre el tema de la inmortalidad del alma? —Sí; porque eso no es otra cosa que vida a través de Cristo. Por Cristo tenemos vida, y no hay otra manera de obtenerla. Podemos probar de manera concluyente por la Biblia que no hay conciencia en la tumba, y que el hombre es mortal, y aun así no tener el verdadero principio de la cuestión de la inmortalidad del alma.

Algunos dicen que cuando la gente entiende que el hombre es mortal, están a salvo del Espiritualismo. ¿Es eso cierto? No; porque muchas personas lo han reconocido, y aun así se han adentrado en el Espiritualismo. ¿Por qué? Porque no tenían a Cristo en su doctrina. El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida. Cristo ha comprado la vida para el hombre, y podemos tener esa vida creyendo su palabra. Aparte de Cristo no hay vida, y aparte de Él no podemos tener vida.

En Ezequiel 13:22 leemos: «Por cuanto con mentiras entristecisteis el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, prometiéndole vida» (Ezequiel 13:22). La razón por la cual los hombres están aferrados a sus iniquidades, y por qué descienden a la perdición, es porque se les promete vida cuando no hay vida para ellos mientras permanezcan en ese estado pecaminoso. La oscuridad cubrirá la tierra,

y densa oscuridad a los hijos de los hombres, y será como antes del diluvio, cuando todos los pensamientos e imaginaciones de los corazones de los hombres eran solo de continuo el mal. Es porque creen que tendrán vida sin Cristo.

Cristo debe ser presentado como el único medio de vida, y que esa vida viene por la fe, que es el único medio de justicia, para que los hombres reconozcan *como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida*. Esa vida es la vida de Cristo. Los que son justificados serán salvos, y los que no son justificados se perderán, y la única manera de ser justificados es por la vida de Cristo.

Por lo tanto, predicamos la justificación a través de Cristo —vida en Él, y muerte fuera de Él. Entonces el que no tiene al Hijo no tiene vida y no verá la vida, y todo lo que le queda es la muerte eterna, el castigo de los impíos. Por lo tanto, es imposible para nosotros presentar la cuestión de la inmortalidad del alma de cualquier otra manera que no sea a través de Cristo. Si lo hacemos, no será acompañada de poder; porque nada sino la predicación de la cruz es el poder de Dios.

Espiritualismo

Ahora consideremos el Espiritualismo. Es cierto que un hombre puede creer que los hombres son mortales y que no van al cielo al morir; pero si no conoce el poder de eso, no está a salvo del Espiritualismo. Si no conoce el poder de la vida de Cristo, no hay nada que lo salve de las artimañas de esta terrible ilusión. Pero si conoce la debilidad del hombre, y que no tiene vida en sí mismo, sino que hay vida en Cristo, y que la fe hace suya esa vida, entonces tiene una salvaguardia.

¿Alguna vez conocieron a un hombre que creyó esa Escritura, *Los muertos nada saben*, y se inclinó hacia el Espiritualismo? Supongo que sí, y yo sé que sí. Entonces, si hombres que han conocido y creído esa Escritura, se adentran en el Espiritualismo, no hay poder en esa creencia de que los muertos no saben nada para librarlos del Espiritualismo. He conocido hombres que lo han creído y lo han predicado; pero se desviaron hacia el Espiritualismo. Los he oído predicarlo,

y he oído a los mismos hombres predicar después el Espiritualismo más blasfemo. Entonces, si la creencia positiva de que el hombre es mortal mantuviera a los hombres alejados de las artimañas del Espiritualismo, ¿por qué cayeron esos hombres en él? Porque no conocían el secreto de la vida en Cristo.

Dijo Cristo: «El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mateo 12:30). No hay una medida intermedia. Es o Cristo o Satanás. Es Cristo, o es anticristo. Todo lo que no es para Cristo, ¿qué es? Contra Cristo. ¿Qué significa la palabra "anticristo"? —Contra Cristo. Entonces, el que no es para Cristo es anticristo, o es impulsado por el espíritu del anticristo. «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Romanos 8:9). Entonces, si no tiene el Espíritu de Cristo, ¿qué espíritu debe tener? Debe tener el espíritu del anticristo. Solo hay dos fuerzas contendientes en el mundo: el poder de Cristo y el poder del anticristo; el Espíritu de Cristo y el espíritu del anticristo.

«Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efesios 2:1, 2). ¿Quién es el príncipe de la potestad del aire? —Satanás. Entonces, es el espíritu de Satanás el que impulsa a los hijos de desobediencia.

Entonces, el hecho de que un hombre pueda reconocer que el hombre es mortal, no lo salvará del Espiritualismo. Debe reconocer y saber que Cristo es nuestra vida, y que sin Él no tenemos vida. Meramente reconocerlo no servirá de nada, debe conocerlo por experiencia personal. Cristo debe vivir en él, y solo Cristo, y entonces no será impulsado por el espíritu del anticristo, porque el Salvador dijo que el príncipe de este mundo no tenía parte en Él.

¿Cuál es el secreto del Espiritualismo? —La separación de Cristo; y todo hombre que no recibe a Cristo, ya sea que profese creer el Sábado, la venida del Señor, que el hombre es mortal —no importa si cree todo eso—, si no recibe a Cristo en su propio corazón, tarde o temprano ese hombre está destinado a ser arrastrado por esta gran decepción de Satanás.

Son aquellos que no recibieron el amor de la verdad a quienes Dios enviará un poderoso engaño, para que crean la mentira: a fin de que sean condenados todos los que no creyeron la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. Ahora bien, es posible para mí reconocer todas las diferentes líneas de la verdad presente que están contenidas en el mensaje del tercer ángel; pero mientras tenga injusticia en mi corazón, tengo allí las semillas del Espiritualismo. Toda injusticia es obra del anticristo. Teniendo injusticia, tengo aquello por lo cual Satanás puede obrar engaño en mí. Es el *engaño de iniquidad*. No es el engaño de la ignorancia, sino el engaño de la injusticia.

Entonces, la única fuente de seguridad reside en la creencia en Cristo como mi vida, y en la justificación por la fe. Debe ser Jesucristo y este crucificado como nuestra justicia, nuestra vida, nuestra alegría, todo lo que es deseable; sí, más de lo que puede ser deseado, o incluso pensado —el único que puede guardarnos del anticristo.

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios» (1 Juan 4:2).

Ahora bien, ¿qué es confesar que Jesucristo ha venido en carne? ¿Decirlo? —No—, creerlo por todo lo que vale. ¿Qué significa? Dios se manifestó en carne; Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo. Dios envió a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado, para condenar el pecado en la carne. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

Hermanos, reconocer que Cristo ha venido en carne, significa que debemos tomar a Cristo tal como vino en carne, y por todo lo que vino a hacer en carne. Él vino en carne para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros —para que tuviéramos su justicia y su vida eterna. Todo espíritu que niega a Cristo como el único medio de vida y justicia, es el espíritu del anticristo.

Ahora tomen sus coordenadas y vean dónde están. ¿Es el espíritu de Cristo el que obra en nosotros cuando decimos que vamos a vencer si Cristo nos da un poco de ayuda? Cuando decimos eso, vamos a tener el cielo por nuestra propia obra, al menos en parte; negamos a Cristo, y negamos que haya venido en carne. Ese espíritu es el espíritu del anticristo obrando en nosotros.

En el papado reconocemos una forma de anticristo. El secreto para obtener la vida, tal como lo enseña el papado, no es Cristo y su vida, sino la penitencia, el monasterio y la Virgen María. Así, el espíritu que lleva a un hombre a un monasterio, y flagela la carne, y hace penitencia, es simplemente el resultado lógico del pensamiento de que debemos hacer algo para librarnos del pecado. Es el espíritu que enseña que no podemos confiar todo a Cristo, y dejar que Él obre nuestra propia justicia por nosotros. Así que todo lo que no está totalmente sujeto a Cristo, es impulsado por el espíritu del anticristo.

«Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:3, 4). Vencemos al anticristo solo teniendo a Cristo en nosotros. Es Cristo primero y último y todo el tiempo; Cristo en la ley, y la ley en Cristo; Cristo en el Sábado, como Señor del Sábado, porque Él lo hizo, y porque el Sábado simplemente muestra el poder de la palabra de Cristo, por la cual los cielos fueron hechos y por la cual son sostenidos.

El poder de la palabra de Cristo también obra justicia en nosotros. La predicación de la cruz de Cristo presenta vida e inmortalidad a los hombres. Es la predicación de la cruz de Cristo la que advierte a los hombres de la destrucción. Nos libra de las trampas del mundo y nos da acceso a la gracia en la que estamos y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. La predicación de esa cruz de Cristo nos da a conocer todo lo que Cristo quiere que sepamos. Nos presenta las glorias de la herencia de los santos y nos advierte de los peligros de los últimos días.

Mientras seamos leales al mensaje del tercer ángel, y a todas las doctrinas que nos distinguen del mundo, decidamos no conocer nada sino a Jesucristo y a este crucificado. Es el poder de Dios para salvación. Es el evangelio eterno, que preparará a los hombres para el juicio, que ya está establecido. Y oh, si ese primer ángel declaró: *Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado*, ¡cuánto más deberíamos nosotros declarar ese mensaje —el evangelio eterno— ahora, cuando ese juicio no solo ha llegado, sino que ya casi ha terminado!

Doy gracias a Dios porque nos está revelando las verdades de su palabra, y porque nos ha mostrado que el mensaje del tercer ángel es todo el evangelio de Jesucristo nuestro Señor. ¿Por qué sabemos mucho más sobre la palabra de Dios? Porque Dios nos está revelando a Cristo a nosotros y en nosotros. Todo lo que sabemos del poder de Cristo lo sabemos por la palabra y por esto somos limpiados del pecado. Nuestra fe se aferra a Cristo y Él se convierte en una realidad en nuestros propios corazones y en nuestras vidas.

Cuando tenemos una fe fuerte de que Cristo habita en nosotros, podemos salir a trabajar por otros con poder, y unir nuestras voces con las de los ángeles en el cielo, y entonces el mensaje irá con un gran clamor. La razón por la que no ha ido con un gran clamor es porque no lo hemos captado en su plenitud. En el pasado, muchos de nosotros no hemos tenido ese núcleo del mensaje de que todo es Cristo.

Cuando tenemos a Cristo, lo tenemos todo, y conocemos el poder que hay en Él. Entonces nos sometemos a Él, y el poder reposará sobre nosotros, y la palabra que predicamos irá con poder, y el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel estará aquí. Me regocijo esta noche en la creencia de que el fuerte clamor está comenzando ahora.

La gran consumación estará pronto aquí, cuando Cristo venga. Entonces lo veremos, a quien, sin haberle visto, amamos; en quien, aunque ahora no le veamos, sin embargo, creyendo, nos regocijamos con gozo inefable y lleno de gloria. En ese día feliz seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.

Que Dios conceda que ese día llegue pronto. Que Dios conceda que cada uno en esta casa le entregue su corazón, y pueda decir: *Aquí estoy, Señor, tómame; soy tuyo, y tú eres mío; úsame, Señor, a tu manera, para que por mí hagas conocer a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo.*

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material original [CLICK AQUÍ](#).